

táron al punto diez legiones en la ciudad (1).
« Apénas podria hacer otro tanto , dice Tito Livio , ahora que ella no cabe en el mundo , si se presentara de repente delante de sus muros un enemigo poderoso : señal cierta de que no nos hemos engrandecido , y que no hemos hecho mas que aumentar el lujo y las riquezas que nos aquejan. »

« Decidme , decia Tiberio Graco á los nobles (2) , ¿qué vale mas un ciudadano ó un esclavo perpetuo ; un soldado ó un hombre inútil para la guerra ? Queréis , para tener algunas yugadas de tierra mas que los otros ciudadanos renunciar de la esperanza de la conquista de lo restante del mundo , ó ponerlos en peligro de veros despojar por los enemigos de esas tierras que nos negais ? »

~~~~~

#### CAPITULO IV.

1. *De los Galos.* 2. *De Pirro.* 3. *Paralelo de Cartago y de Roma.* 4. *Guerra de Anibal.*

Los Romanos tuvieron muchas guerras con los Galos. El amor de la gloria , menosprecio

(1) Tito Livio , primera decada , l. VII , cap. 25. Fué algun tiempo despues de la toma de Roma , en el consulado de Furio Camilo , y Ap. Claudio Craso.

(2) Apiano , de la Guerra civil , l. I , cap. 11.

de la muerte , y tenacidad para vencer , eran unos mismos en ámbos pueblos ; pero las armas eran diferentes. El broquel de los Galos era pequeño , y su espada mala ; por lo mismo fuéron tratados casi como en los últimos siglos lo fuéron los Mejicanos por los Españoles. Y lo que hay de asombroso es que aquellos pueblos , que los Romanos encontraron en casi todos los lugares y tiempos , se dejaron destruir unos tras otros , sin conocer nunca , ni indagar , ni evitar la causa de sus desastres.

Pirro vino á hacer la guerra á los Romanos en un tiempo en que se hallaban habilitados para resistirle é instruirse con las victorias de él ; y este príncipe les enseñó á atrincherarse , á elegir y disponer mejor un campo ; los habituó á los elefantes , y los preparó para guerras mayores.

La grandeza de Pirro no consistia mas que en sus prendas personales (1). Plutarco nos dice que se vió precisado á hacer la guerra de Macedonia , porque no podia mantener á ocho mil hombres de infantería y quinientos de caballería , que él tenia (2). Este príncipe , dueño de un estado corto , de que no se oyó hablar despues de él , era un aventurero , que hacia con-

(1) Véase un fragmento del libro primero de Dion , en el *Estracto de las virtudes y vicios.*

(2) Vida de Pirro , Plutarco , t. IV. , p. 196.

tinuas empresas, á causa de que no podia subsistir mas que emprendiendo.

Tarento, aliada suya, habia degenerado mucho de la institucion de los Lacedemonios, mayores suyos (1) Pirro hubiera podido hacer grandes cosas con los Samnites; pero los habian destruido casi los Romanos.

Cartago, enriquecida mas pronto que Roma, se habia corrompido tambien mas presto; así, mientras que en Roma los empleos no se obtenian mas que por medio de la virtud, y no proporcionaban mas utilidad que el honor y una preferencia para las fatigas, se vendia en Cartago cuanto el público puede dar á los particulares, y todo servicio hecho por los particulares se pagaba allí por el público.

La tiranía de un príncipe no pone á un estado mas próximo á su ruina, que la indiferencia por el bien comun pone á una república próxima á la suya. La superioridad de un estado libre es que las rentas se administran mejor allí, pero cuando se administran peor, la superioridad de un estado libre es que no hay favoritos; pero cuando esto no se verifica, y que en vez de los amigos y parientes del príncipe, es necesario hacer la fortuna de los amigos y parientes de quantos tienen parte en el gobier-

(1) Justino, l. XX, cap. 1.

no, todo está perdido; las leyes se eluden mas peligrosamente que se violan por un príncipe, que siendo siempre el mayor ciudadano del estado, tiene el mayor interes en su conservacion.

Algunas antiguas costumbres, un cierto uso de la pobreza, hacian casi iguales las fortunas en Roma: pero en Cartago varios particulares tenian todas las riquezas.

De dos facciones que reinaban en Cartago, la una queria siempre la paz, y la otra siempre la guerra; de modo que era imposible allí gozar de la una, y hacer bien la otra.

Mientras que en Roma reunia desde luego la guerra todos los intereses, ella los separaba todavía mas en Cartago (1).

En los estados gobernados por un príncipe las divisiones se aplacan fácilmente, porque él tiene en sus manos una autoridad coercitiva, que reduce á los dos partidos, pero en una república son ellas durables, porque el mal asalta comunmente al poder mismo que podria curarle.

(1) La presencia de Anibal hizo cesar todas las divisiones entre los Romanos; pero la presencia de Cipion exasperó las que existian ya entre los Cartaginenses; quitó al gobierno cuanta fuerza le quedaba: los generales, senado, y grandes, se hicieron mas sospechosos al pueblo, y el pueblo se puso mas furioso. Véase en Apiano toda esta guerra del primer Cipion.

En Roma, gobernada por las leyes, sufría el pueblo que el senado tuviese la dirección de los negocios públicos; en Cartago, gobernada por abusos, quería hacerlo todo el pueblo por sí mismo.

Cartago, que hacia la guerra con su opulencia contra la pobreza romana, tenía por esto mismo alguna inferioridad: se agotan el oro y la plata; pero la virtud, constancia, fuerza y pobreza no se agotan jamás.

Los Romanos eran ambiciosos por soberbia, y los Cartaginenses por avaricia; los unos querían dominar, los otros querían adquirir; y calculando incesantemente estos últimos el recibo y gasto, hicieron siempre la guerra sin ser amigos de ella.

Algunas batallas perdidas, la disminución del pueblo, la debilitación del comercio, y el agotamiento del erario público, podían hacer aceptar en Cartago las condiciones de paz más duras; pero Roma no se conducía por la idea de los bienes y males, no se determinaba más que por su gloria; y como no se imaginaba que pudiera existir si no mandaba, no había esperanza ni temor que pudieran obligarla á hacer una paz que por sí misma no hubiera impuesto.

No hay nada tan poderoso como una república, en que se observan las leyes no por te-

mor, ni por razón, sino por pasión, como Roma y Lacedemonia; porque entonces se une á la sabiduría de un buen gobierno toda la fuerza que podría tener una facción.

Los Cartaginenses se servían de tropas extranjeras, y los Romanos empleaban las suyas. Como estos últimos no habían mirado nunca á los vencidos más que como instrumentos para futuros triunfos, convirtieron en soldados á cuantos pueblos habían sujetado; y cuanto mayor dificultad tuvieron para vencerlos, tanto más propios los juzgaron para ser incorporados en su república. Así vemos que los Samnites, que no fueron sujetos más que después de veinte años de triunfos (1), se hicieron los auxiliares de los Romanos; y algún tiempo antes de la segunda guerra púnica, sacaron de ellos y de sus aliados, es decir de un país que no era casi mayor que los estados pontíficos y napolitanos, setecientos mil hombres de infantería y setenta mil de caballería para oponerlos á los Galos (2).

En lo vivo de la segunda guerra púnica, tuvo siempre Roma en pie de veinte y dos á veinte y cuatro legiones; sin embargo parece, según Tito Livio, que el censo no era entonces más

(1) Floro, l. X, cap. 10.

(2) Véase Polibio. El sumario de Floro dice que alistaron trescientos mil hombres en la ciudad y en los Latinos.

que de unos ciento treinta y siete mil ciudadanos.

Cartago empleaba mas fuerzas para atacar, Roma para defenderse; esta, como acabamos de decirlo, armó un prodigioso número de hombres contra los Galos y Anibal que la atacaban, y no mas que dos legiones contra los mayores reyes; lo cual hizo eternas sus fuerzas.

El establecimiento de Cartago en su pais era ménos sólido que el de Roma en el suyo; esta última tenia treinta colonias alrededor de sí, que le servian como de murallas (1). Antes de la batalla de Ganes ningun aliado la habia abandonado; lo que nace de que los Samnites y demas pueblos de Italia estaban acostumbrados á su dominacion.

Hallándose poco fortificadas las mas de las ciudades de Africa, se entregaban desde luego á cualquiera que se presentaba para tomarlas; por lo mismo cuantos desembarcaron en ella, Agatocles, Regulo, Cipion, pusieron desde el principio á Cartago en desesperacion.

No puede atribuirse apénas mas que á un mal gobierno lo que les sucedió en toda la guerra que les hizo el primer Cipion; su ciudad y aun sus ejércitos padecian el hambre, mientras que los Romanos abundaban de todo (2).

(1) Tito Livio, l. XXI, cap. 9 y 10.

(2) Véase Apiano, lib. libyc., seu de rebus punicis, cap. 25.

Entre los Cartaginenses, los ejércitos que habian sido derrotados, se hacian mas insolentes; crucificaban ellos algunas veces á sus generales, y los castigaban por su propia cobardía. Entre los Romanos, el cónsul diezaba las tropas que habian huído, y volvía á llevarlas contra los enemigos.

El gobierno de los Cartaginenses era durísimo (1): habian atormentado en tanto grado á los pueblos de España, que cuando los Romanos llegaron allá, fueron mirados como libertadores; y si se hace atencion á las inmensas sumas que les costó el sostener una guerra en que quedaron rendidos, se verá bien que la injusticia es una mala ama de casa, y que ni aun llena sus miras.

La fundacion de Alejandria habia disminuido mucho el comercio de Cartago. En los primeros tiempos, la supersticion desterraba en algun modo á los estrangeros de Egipto; y luego que los Persas le hubieron conquistado, no pensaron mas que en debilitar á sus nuevos súbditos: pero el Egipto, en tiempo de los reyes griegos, hizo casi todo el comercio del mundo, y el de Cartago comenzó á decaer.

Las potencias establecidas por medio del co-

(1) Véase lo que dice Polibio de sus exacciones, especialmente en el fragmento del lib. III. Extracto de las virtudes y vicios.

mercio pueden subsistir en su mediocridad por largo tiempo ; pero su grandeza es de corta duracion. Ellas se elevan poco á poco , y casi sin que nadie lo eche de ver , porque no ejecutan ningun acto particular que haga ruido y señale su poder ; pero cuando la cosa ha llegado al punto que uno no puede ya ménos de verla , cada uno trata de privar á esta nacion de una superioridad , que ella no tomó , por decirlo así , mas que de sorpresa.

La caballería cartaginesa valia mas que la romana por dos razones : la una que los caballos numidas y españoles eran mejores que los de Italia ; y la otra que la caballería romana estaba mal armada ; porque los Romanos no mudaron sus armas mas que en las guerras que hicieron en Grecia , como lo sabemos de Polibio (1).

En la primera guerra púnica , Régulo fué derrotado desde que los Cartaginenses escogieron las llanuras para hacer pelear su caballería ; y en la segunda , Anibal debió los principales triunfos á sus Numidas (2).

Habiendo conquistado Cipion la España , y hecho alianza con Masinisa , privó de esta superioridad á los Cartaginenses. La caballería

(1) Libro VI. cap. 25.

(2) Cuerpos enteros de Numidas se pasaron á los Romanos , que comenzaron á respirar desde entónces.

numida ganó la batalla de Zama , y acabó la guerra.

Los Cartaginenses tenian mas esperiencia sobre el mar , y conocian la maniobra mejor que los Romanos ; pero me parece que esta superioridad no era tan grande entónces como lo seria hoy dia.

Careciendo de brújula los antiguos , no podian casi navegar mas que costeano ; por lo mismo no se servian mas que de bajeles de remos , pequeños y chatos ; casi todas las radas eran puertos para ellos ; era limitadísima la ciencia de los pilotos , y sus maniobras poquisima cosa : por lo mismo Aristóteles decia (1) que era inútil tener un cuerpo de marineros , y que los labradores bastaban para esto.

Estaba tan imperfecto el arte , que no se hacia casi con mil remos lo que se hace hoy con ciento (2).

Las naves grandes eran perjudiciales , en cuanto moviéndose dificilmente por la chusma , no podian hacer las evoluciones necesarias. Antonio hizo una funesta esperiencia de ello en Accio (3) ; sus naves no podian moverse , mién-

(1) Polit., lib. VII, cap. 6.

(2) Véase lo que Perrault dice sobre los remos de los antiguos. *Ensayo de Fisica*, tit. 3, *Mecánica de los animales*.

(3) Lo mismo sucedio en la batalla de Salamina. Plutarco, *Vida de Temistoel*, t. II, p. 34. La historia está llena de hechos semejantes.

tras que las de Augusto mas ligeras las atacaban por todas partes.

Siendo de remos las naves antiguas, las mas ligeras destrozaban á las mayores, que no eran ya entónces mas que unas máquinas inmóviles, como son hoy día nuestros bajeles desarbolados.

Se mudó de modo despues de la invencion de la brújula; se abandonáron los remos (1); se huyó de las costas, se construyéron navíos de alto bordo; la máquina se volvió mas compuesta, y se multiplicáron las prácticas.

La invencion de la pólvora hizo una cosa que no se hubiera sospechado; es que la fuerza de las armadas consistió mas que nunca en el arte, porque para resistir á la violencia de la artillería, y no sufrir un fuego superior, fuéron necesarios grandes buques. Pero debió proporcionarse el poder del arte con el grandor de la máquina.

Los bajeles pequeños de otros tiempos se aferraban de repente, y combatian los soldados por ámbas partes; y llevaban todo un ejército de tierra en una flota. En la batalla naval que Régulo y su colega ganáron, se viéron combatir ciento cincuenta mil Romanos contra ciento

(1) En lo que puede juzgarse de la imperfeccion de la marina de los antiguos, supuesto que hemos abandonado una práctica en que les éramos tan superiores.

treinta mil Cartaginenses. Entónces los soldados componian una parte principal, y las gentes del arte una corta; y ahora los soldados figuran nada ó poco, y las gentes del arte mucho.

La victoria del cónsul Duclio da á conocer bien esta diferencia. Los Romanos no tenian ningun conocimiento de la navegacion; una galera cartaginesa se encalló en sus costas; se sirviéron de este modelo para construir otras; y en el espacio de tres meses se adestráron sus marineros, se construyó y tripuló su flota, se hizo á la mar, se encontró con la armada cartaginesa, y la derrotó.

Toda una vida le basta ahora apénas á un príncipe para formar una escuadra capaz de presentarse delante de una potencia que tiene ya el imperio del mar; y es quizas la única cosa que el dinero solo no puede hacer. Y si en nuestros dias un gran príncipe salió bien al principio (1), la esperiencia hizo ver á otros que mas puede admirarse que seguirse este ejemplo (2).

La segunda guerra púnica es tan famosa que todos la conocen. Quando se examina bien aquella infinidad de obstáculos que se le presentáron á Aníbal, y de todos los cuales triunfó este hombre extraordinario, se tiene el mas admira-

(1) Luis XIV.

(2) La España y la Moscovia.

ble espectáculo que la antigüedad nos haya ofrecido.

Roma fué un prodigio de constancia. Abandonada de casi todos los pueblos de Italia despues de las batallas del Tesin, Trebia, Trasimenes, y la de Canes mas funesta todavía, no pidió la paz. Nace de que el senado no se apartaba nunca de las antiguas máximas: trataba con Aníbal, como en tiempos antiguos habia tratado con Pirro, al que habia rehusado hacer ajuste ninguno mientras que él permaneciera en Italia; y hallo en Dionisio de Halicarnaso (1) que en tiempo de la negociacion de Coriolano, el senado declaró que no violaría sus antiguos estilos; que el pueblo romano no podia hacer paz mientras que los enemigos estuvieran en su territorio; pero que si los Volscos se retiraban, se acordaria cuanto fuera justo.

Roma se vió salvada por el vigor de su institucion. Despues de la batalla de Canes no se permitió, ni aun á las mugeres mismas, derramar lágrimas; se negó el senado á rescatar los prisioneros, y envió las miserables reliquias del ejército á hacer la guerra en Sicilia, sin premio ni honor militar ninguno, hasta que Aníbal fuese arrojado de Italia.

Por otra parte el cónsul Terencio Varron ha-

(1) *Antigüedades romanas*, lib. VIII.

bia huido vergonzosamente hasta Venusa; este hombre, del mas bajo nacimiento, no habia sido elevado al consulado mas que para mortificar á la nobleza. Pero el senado no quiso gozar de este desgraciado triunfo; vió cuan necesario era que se atrajera la confianza del pueblo en aquella ocasion: salió á recibir á Varron, y le dió gracias por no haber desesperado de la república.

La pérdida real que se experimenta en una batalla (es decir la de algunos millares de hombres) no es funesta comunmente para un estado, sino la pérdida imaginaria y el desaliento, que le privan de las fuerzas mismas que la fortuna le ha dejado.

Hay cosas que todos dicen porque se dijéron una vez. Se cree que Aníbal cometió una falta crasa en no haber ido á sitiar Roma despues de la batalla de Canes. Es verdad que el espanto fué sumo en ella al principio; pero no sucede con la consternacion de un pueblo belicoso, que se convierte casi siempre en valor, lo mismo que con la de un vil populacho que no conoce mas que su debilidad. Una prueba que Aníbal no hubiera salido bien, es que los Romanos se halláron todavía habilitados para enviar socorro á todas partes.

Dicen ademas que Aníbal hizo una gran falta en conducir su ejército á Capua, en que se

afeminó; pero no se considera que no se sube á la verdadera causa. Enriquecidos los soldados de aquel ejército despues de tantas victorias, ¿no hubieran hallado Capua en todas partes? Alejandro, que mandaba á sus soldados, tomó en una ocasion semejante un expediente que Aníbal, que no tenía mas que tropas interesadas, no podia tomar: mandó poner fuego al bagage de sus soldados, y quemó todas las riquezas de ellos y las suyas propias. Nos dicen que Koulikan, despues de conquistadas las Indias, no dejó á cada soldado mas que cien rupias de plata (1).

Las conquistas mismas de Aníbal comenzaron á mudar la fortuna de aquella guerra. No le habian enviado los magistrados de Cartago á Italia; recibia cortísimos socorros, sea por los zelos de un partido, sea por la suma confianza de otro. Miétras que permaneció con su ejército junto, derrotó á los Romanos; pero cuando le fué necesario dejar guarniciones en las ciudades, defender á sus aliados, sitiarse las plazas, ó impedir que las sitiassen, se hallaron muy reducidas sus fuerzas; y perdió por menor una gran parte de su ejército. Las conquistas son fáciles de hacer, á causa de que uno las hace con todas sus fuerzas; pero son difíciles de con-

(1) Historia de su vida. Paris, 1742, p. 402.

servar, á causa de que no las defiende sino con una parte de las mismas fuerzas.

## CAPITULO V.

*Del Estado de la Grecia, Macedonia, Siria y Egipto, despues del abatimiento de los Cartaginenses.*

ME imagino que Aníbal decia poquisimas agudezas, y que las decia ménos todavía en favor de Fabio y Marcelo contra sí mismo. Me pesa ver á Tito Livio echar flores sobre aquellos grandes colosos de la antigüedad; y hubiera querido yo que él se hubiera conducido como Homero, que no cuida de adornarlos, y sabe hacerlos mover tambien.

Y aun seria menester que fuesen sensatos los discursos que hacen tener á Aníbal. Si, al saber la derrota de su hermano, confesó que preveia la ruina de Cartago, no veo cosa ninguna mas propia para desesperar á los pueblos que se le habian entregado, y desaminar á un ejército que esperaba tan grandes recompensas despues de la guerra.

Como los Cartaginenses en España, Sicilia y Cerdeña no oponian ningun ejército que no fuese desgraciado, Aníbal, cuyos enemigos se